

LIBROS

CARLOS PARÍS: *Unamuno. Estructura de su mundo intelectual*. Ediciones Península, Barcelona, 1968, 402 págs.

Miguel de Unamuno constituye una de esas gigantescas moles humanas, que fácilmente definibles desde lejos como los perfiles de las grandes montañas, resulta irreducible a patrón cuando nos aproximamos a los inextricables vericuetos de su peripecia vital. Ya en el último tercio de este siglo, su figura se define como una de las más grandes de nuestra historia contemporánea, al mismo tiempo irreductiblemente española y singularmente universal. Su puesto en la historia de la vida intelectual contemporánea, con tanto derecho como en la historia próxima de nuestra política, nuestro pensamiento y nuestra literatura. Pero esto mismo, que algunos, muy poco unamunescamente, considerarían un triunfo, constituye el mayor escollo para su exacta comprensión. El propio don Miguel lo dijo en vida, previniéndolo para entonces y para ahora, cuando proclama su denuncia contra todo “encasillamiento” y se declara ejemplar de especie singular. Como de los ángeles decían los Escolásticos del Medievo, don Miguel se sentía, con toda justeza y justicia, “especie de un solo individuo”.

Si estas dificultades brotan a la hora de esclarecer el perfil inconfundible de Unamuno, mayores son aún las que rodean su definición como pensador. Acaso las muy mozas lecturas que fortuitamente hice del Rector de Salamanca, —algunos artículos en *El Sol*, siendo casi un niño; los primeros libros a los quince años— me permitirían ver un poco más claro —o un menos oscuro—, cuando hace veinte años escribí mi primer artículo sobre la posición de Unamuno como pensador. Apoyado en unas lecturas y en las de los libros de Marias y Osorni sobre don Miguel, creí ver —y sigo viendo— al profesor salmantino, como un “Sócrates de nuestro pensamiento”. Si, como muchos creemos, esa nueva forma del saber —la filosofía como camino itinerante hacia la sabiduría— es una “invención” socrática, Unamuno representa también una posición hartamente semejante. Ni la “Sabiduría” presuntamente segura de las ciencias positivas, ni la palabrería escolástica de los múltiples escolásticos (desde la tomista a la marxista).

Era natural, pues, que pese a los esfuerzos de don Miguel, ni vivo ni muerto, escapara del “encasillamiento”; y así hemos tenido de todo, desde

el Unamuno místico, al “Unamuno hereje y maestro de herejes”, pasando por el “socialista”, el enemigo de la ciencia de Europa, el “existencialista”, y tantos más; hasta verle caer en las manos del Cura, el Bachiller, el Barbero y el Duque, de las que él había querido rescatar a don Quijote. Por esto en la ya impresionante bibliografía sobre Unamuno son tan pocos los trabajos señaladores de auténticas rutas de exploración y a veces limitados a aspectos locales y aun poco significativos. Pocas bibliografías —salvo excepciones que no quiero subrayar— envejecen con más rapidez que la de don Miguel.

El profesor París ha querido, no ignorando estas dificultades, acometer la esforzada tarea de enfrentarse totalmente con la integridad del mundo intelectual de Unamuno; romper los múltiples obstáculos de una obra tan varia, de una vida tan rica, de un temperamento tan peculiar, de una existencia tan rebelde a toda estructura, de una peripecia personal tan entrañablemente paradójica, que rodearía a don Miguel hasta en los últimos días de su vida, en su plácida muerte, antaño así presentida y aún en la anécdota de su último viaje: su mismo entierro. El esfuerzo del profesor París ha tenido sus frutos. Así, la síntesis, en el primer capítulo de su libro, de todo lo que hemos ido sabiendo del valor de la estructura formal lingüística para el pensamiento de Unamuno (páginas 13-44); o el ahondamiento en el sentido de la dialéctica unamuniana, tan inquietante hoy cuanto la dialéctica en cualquier forma (hasta matemática o sociológica) desborda el mundo intelectual; o la relación con el pensamiento científico. Y especialmente el interés con que enfoca las relaciones de Unamuno con el pensamiento evolucionista y aún más, su valiente entrada en la exploración del mundo instintivo en la obra de don Miguel (páginas 345-396).

Naturalmente que una obra de tan extraordinaria y noble ambición ha de tener sus riesgos; y el mayor de todos, que el pensamiento de Unamuno es sometido a amplio encuadramiento, lo que acaso no era la intención del autor. También la bibliografía sobre Unamuno usada por el profesor París, en algunos casos acertadamente seleccionado, le conduce a la repetición de “clisés”, no por muy usados auténticamente representativos. Acaso un uso más continuado de la hermosa biografía de Emilio Salcedo sobre don Miguel (Edt. Anaya, 1964), situando algunos textos de Unamuno en el contexto de su peripecia personal, hubiera sido muy aclarador. Pero estos riesgos merecían la pena ser corridos y gracias a ello el profesor París ha realizado una obra que habrá de ser muy tenida en cuenta siempre que se quiera desentrañar el mundo intelectual de Unamuno. Lo grave del caso está en que como en el caso de Sócrates, ese mundo no es nada distinto de su propia peripecia vital.

MIGUEL CRUZ HERNÁNDEZ